

LA PERVERSION Y EL DESEO DE DAÑAR *

Robert Stoller

Traducción: Bea J. Capandeguy

INTRODUCCION

No habiendo encontrado a nadie en la literatura psicoanalítica, psiquiátrica, psicológica u otra que yo hubiera leído, que estuviera ya sea de acuerdo o en desacuerdo conmigo, retomaré nuevamente los planteos formulados en libros anteriores(1). Considero que la cuestión principal en estos estudios —el deseo de humillar como tema esencial de la erótica— requiere más ventilación. Luego podré usar mis argumentos para dedicarme al tema más general de la estética más adelante.

REGLAS BASICAS

Primero. Este es un capítulo con sus conclusiones —respuestas— encajonadas en una pregunta a la que no puedo responder: ¿cuál pedazo específico del comportamiento erótico de un individuo *no* es una perversión? Las respuestas dentro de dicha pregunta son pedacitos y pedazos —cuyas hipótesis y hallazgos presentaré a continuación— de lo que es una perversión. No me demoraré con el problema de “lo que no es perversión”, sino que les pediré solamente que mantengan esta discusión subliminalmente dentro de los márgenes del tema.

Segundo. Divagaré un poco, lo que requerirá paciencia por parte de Uds.

* Publicado con la amable autorización del autor. Versión integral. Versión francesa abreviada en la Nouvelle Revue de Psychanalyse. N° 29, “La chose sexuelle” bajo el título “La perversion et le désir de faire mal”.

Pero si se impacientan, quizás no lean de ese modo distendido necesario para absorber el argumento que yo presentaré en la forma de hipótesis, viñetas clínicas e impresiones, que Uds. deberán dejar flotar desde vuestros interiores a la superficie. Mi forma de razonar, tal como atraviesa este material, exige rodeos y no permite un ataque frontal con una cognición firme y descarnada.

¿EXISTE REALMENTE LA PERVERSION?

En algunos de los campos en que me desempeño —en la universidad, en literatura sobre la erótica, con psiquiatras y psicólogos no psicoanalíticos— hasta el mismo empleo de la palabra “perversión” implica un riesgo. ¡La “perversión” es tan peyorativa! Huele a pecado, a acusación, a rencor, a falta de rectitud. Tiene un algo de absoluto. En ella se sienten los truenos de Dios y de sus agentes sobre la tierra. ¿Cómo puede alguien que se maneje con la psicodinámica, con la relatividad cultural, con las injusticias sociales, con las flaquezas de la humanidad en su conjunto, con la crueldad de la Ley y con la hipocresía de aquellos que se hallan en el poder, seguir usando tal palabra entonces? En nombre de la decencia y de la ciencia, la “perversión”, con sus repugnantes implicancias, se ha eliminado del discurso psiquiátrico, psicológico y sociológico moderno; no así del psicoanalítico. Ha detenido el avance de la investigación de los orígenes del comportamiento sexual y a su vez niega las realidades sociales —la franqueza sexual propia del mundo moderno. Hay poco en la palabra que no sea insulto: la hostilidad que trata de humillar y de subyugar a los otros. Como una etiqueta, fue una herramienta de poder que la sociedad usó para definir a aquellos que eran diferentes como aquellos que eran malos. Los criterios del juicio se hallaban en manos de las autoridades tales como los psiquiatras o los tribunales, y estos juicios no se hacían sobre la base de lo que un individuo estaba haciendo —lo que su acto significara para él o para ella— sino sobre la base de las partes anatómicas involucradas y las costumbres de la cultura correspondiente.

Y así, como reacción contra significados enciclopédicos tales como corrupto, malvado, envilecido, degenerado, terco, etc., emergió una posición más ilustrada. Como ejemplo de este progreso social, permítanme esbozar tal cambio de actitud tal como se desarrolló en los círculos psiquiátricos oficiales

durante más o menos los últimos treinta años.

La Asociación Psiquiátrica Americana comenzó su esfuerzo por consolidar diagnósticos con la publicación del *Manual Diagnóstico y Estadístico - Los Trastornos Mentales (DSM I)* en el año 1952. Antes no había ninguna nomenclatura oficial para los trastornos psiquiátricos, o mejor dicho, las diferentes instituciones tenían la suya propia (por ej. la Administración de Veteranos de Guerra). En aquellos tiempos, como observa DSM I, el diagnóstico de “personalidad psicopática con sexualidad patológica” estaba a disposición para quien quisiera usarla. Luego, con DSM I apareció: “trastornos de la personalidad sociopática-desviación sexual” con la elaboración siguiente: “tipos de comportamiento patológico, tales como la homosexualidad, el transvestismo, la pedofilia, el fetichismo y el sadismo sexual (incluyendo la violación, el atentado contra el pudor, la mutilación)”. Al final aparecía “expresión suplementaria - la perversión sexual”.

Estaba encaminándose un movimiento humanitario: la personalidad psicopática, con su sentido poderosamente difamatorio, se había vuelto más objetiva con el cambio a “la personalidad sociopática”. Pero tal como ocurre cuando tratamos de cambiar convicciones simplemente con cambiar etiquetas, los viejos significados infectan a las palabras nuevas. “El sociópata” no borró al psicópata sino que simplemente agregó una sílaba (esa técnica tan usada para obtener el ingreso a la ciencia). Por otra parte, las “perversiones” de antaño seguían llamándose “trastornos”, aunque la acusación se hacía más leve mediante la expresión más bien neutral “desviación”. Pero aun llamando a estos estados ⁽²⁾ “comportamiento patológico”, había un juicio que pesaba.

En el año 1968, decisivo para nuestra sociedad, el esfuerzo por liberar los yugos prosiguió con DSM II. La categoría era ahora: “trastornos de la personalidad y ciertos otros trastornos mentales no psicóticos”. Desviaciones sexuales: homosexualidad, fetichismo, pedofilia, transvestismo, exhibicionismo, voyeurismo, sadismo, masoquismo, otras desviaciones sexuales (desviaciones sexuales no especificadas). Pero seguía la palabra “trastornos”.

Posteriormente, después de batallas en las que la homosexualidad en sí se

suprimió como diagnóstico, DSM III publicó en 1980, bajo “trastornos psico-sexuales”, dos categorías de lo que en otros tiempos habían sido las perversiones: “trastornos de identidad sexual” y “parafilias”. “En otras clasificaciones se refiere a estos trastornos como desviaciones sexuales. El nombre ‘parafilia’ es preferible porque destaca correctamente que la desviación (para) se halla en aquello que atrae al individuo (filia)”. DSM III menciona el fetichismo, el transvestismo, la zoofilia, el exhibicionismo, el voyeurismo, el masoquismo sexual, el sadismo sexual, y las parafilias atípicas, por ej. “la coprofilia (feces), el froteurismo, la clismofilia (enema), la misofilia (los excrementos), la necrofilia (los cadáveres), la escatología telefónica (las obscenidades), y la urofilia (orina)”.

Parafilia: ¡qué palabrita limpia, prolija, desinfectada, sanitizada y ordenada! La ciencia triunfante. Cambie el panel de la puerta y las actividades en su interior cambiarán.

No obstante, quiero mantener el término “perversión” *debido a sus connotaciones sucias*. “Perversión” es una palabra vigorosa, plena de suposiciones, mientras que “parafilia” es una expresión zonza. Trata de no decir nada y no dice nada. No solamente es neutral, sino que es asexuada, lacónica. No contiene las características que yo pienso que la persona a la que llamaríamos perversa le resultarían esenciales. Esas características se basan en el sentido del pecado, en el sentido de cometer un pecado.

Todo el mundo sabe que el concepto de pecado se halla en el centro de la palabra “perversión”. En la objetividad de la ciencia, sin embargo, no cabe semejante concepto. Por favor, compréndanme. No estoy diciendo que hay algo como el pecado (si creo o no creo en el pecado es una cuestión particular mía, un tema no científico). Yo simplemente digo que la gente (aun los psicoanalistas, por lo menos en sus vidas privadas) creen en el pecado.

Quizás no sea científico creer en el pecado, pero es igualmente no científico considerar que la gente no cree en el pecado. Y dudo que libremos a la gente de su sentido de cometer un pecado diciéndoles que no son perversos

sino simplemente parafilicos (*)

Al librarse del término “perversión”, las autoridades estaban asumiendo una posición objetiva. Reconocían que no era científico, inclusive corrupto que un observador exterior proclamara que alguien estaba pleno de pecado, por ej., imbuido de una desobediencia voluntaria de la moralidad vigente. Sise nos permite llamar a la gente perversa porque tenemos el poder de la sociedad en nuestro bolsillo, el proceso diagnóstico está corrompido desde un principio. La “parafilia” se dirige contra tal injusticia. Se sobreentiende que estoy de acuerdo: si los diagnósticos son simples juegos de poder, dejémoslos.

Pero yo abogo por un criterio diferente al poner nombres, aun cuando en la práctica el criterio sea difícil de aplicar (especialmente porque en la mayoría de los casos requiere que se conozca a alguien): ¿el actor, al mismo tiempo que actúa, siente que está pecando? Permitan que mis definiciones corten una capa aún más profunda. *La actividad es perversa, diré, si la excitación erótica depende del sentimiento que él o ella tengan de estar cometiendo un pecado.* Si está presente una dinámica de este tipo, entonces, el uso de términos desodorizados tales como desviación, variante o parafilia, deja afuera el rasgo más significativo del acto.

Insisto, pues, que en la perversión *el deseo* de pecar es esencial a la excitación.

¿Y cuál es el pecado, exactamente? El pecado consiste en lo mismo en que consisten los pecados en general: el deseo de herir, de dañar, de ser cruel, de degradar, de *humillar* a alguien (*). En el caso de la perversión, la persona que ha de ser dañada (además de uno mismo — pero eso muchas veces no se percibe) es el objeto sexual.

La literatura psicoanalítica, a partir de Freud, no usó estos criterios. En vez, todo lo que el analista sintiera como aberración se llamó perversión. Esto es

* Observen que en cuanto los llamemos parafilíacos, sabrán nuevamente que son malos.

* Incluyendo, en niveles de menor conciencia, el deseo de dañarse a sí mismo.

demasiado difuso, porque presupone que todas las personas sexualmente (**) aberrantes comparten una dinámica fundamental en común. Tal presuposición es, para mí, demasiado parecida a los Otros métodos de pensar usados cuando se etiquetaba a alguien como perverso. El proceso clasificador carecía de todo esfuerzo. No hacía falta averiguar qué es lo que estaba aconteciendo en el interior de la persona. Nuestra teoría del comportamiento o del diagnóstico hacía la labor, ahorrándonos la molestia de escuchar a los pacientes.

Me gustaría, por lo tanto, ofrecer este sistema diferente para definir la perversión, y si bien exige un mayor esfuerzo se basa en la realidad psíquica: *cuál es la intención de la persona*. Yo apunté estas ideas hace varios años (3) y desde entonces las he revisado regularmente para asegurar de que se mantienen clínicamente, teóricamente, lógicamente. Pienso que esto se cumple, pero quiero advertirles que, en cuanto a lo que sé, nadie más las ha usado. (Las definiciones presentes son levemente distintas del enunciado original).

Por aberración entiendo aquí una técnica erótica o una constelación de técnicas que se utiliza como acto sexual completo y que difiere de la definición de normalidad, tal como es tradicional y reconocida dentro de la cultura. Las aberraciones sexuales pueden dividirse en dos grupos: las variantes (desviaciones) y las perversiones.

*Por **variante** entiendo una aberración que no sea primordialmente una **mise en scène** de fantasías prohibidas, especialmente fantasías de dañar a otros. Ejemplos de este tipo serían el comportamiento determinado por hormonas prenatales; actividad cerebral anormal, como en el caso de un tumor, una droga experimental, o un impulso eléctrico de un electrodo implantado; o un acto aberrante al que se es impulsado por **faute de mieux**; o experimentos sexuales que se hacen por curiosidad y que no se hallan suficientemente excitantes como para repetirlos.*

La perversión, la forma erótica del odio, es una fantasía, habitualmente puesta en acción, pero de vez en cuando restringida a la ensoñación (ya sea

** Y, a partir de Freud, los analistas han usado el término “sexual” sin distinguir a cuál de 8 sus dos rasgos principales se refiere: el comportamiento erótico o el comportamiento del sexo.

producida por sí mismo o condicionada por otros, es decir, la pornografía). Es una aberración habitual, preferida, necesaria para la satisfacción total, primordialmente motivada por la hostilidad. Por “hostilidad” entiendo un estado en el que se desea dañar al objeto; distinguiéndose así de la “agresión”, que frecuentemente implica solamente violencia. La hostilidad en la perversión toma la forma de una fantasía de revancha oculta en las acciones que componen la perversión, a la vez que sirve para convertir al trauma de la infancia en el triunfo del adulto. Para crear la excitación máxima, la perversión debe también representarse como un acto en que se asume un riesgo.

En otras palabras, la perversión es una neurosis erótica. (Al enunciar esta frase razonable y a su vez bastante banal, estoy en desacuerdo con Freud y toda la literatura analítica ⁽⁴⁾ en la que se ve la perversión como una forma diferente de comportamiento, engendrada por una constelación diferente de pulsiones y de defensas, y sirviendo a fines diferentes de las neurosis). La perversión (pero no todas las aberraciones) es una respuesta a —una tentativa de curar los efectos de— los traumas, de las frustraciones, de los conflictos y demás condiciones penosas que no se pudieron manejar sin que el individuo cambiara su desarrollo. La manifestación visible de la cura es el escenario de la perversión —la distribución de los personajes con sus roles asignados, la acción, la *mise-en-scène*. El texto luego se sigue en la ensoñación (en la pornografía elegida) o en el mundo real. Si bien no puedo responder adecuadamente, aun en esta etapa temprana, debo enfrentar la cuestión de si hay una diferencia esencial entre la persona que practica una perversión, una que no la practica pero que necesita fantasearla (mediante ensoñaciones o pornografía) para estar bien satisfecho, y la persona que no necesita ni prefiere tal representación pero que sin embargo, si se encuentra con ella al azar, se excita. No ayuda mucho decir que se trata de una diferencia de grado hasta que no sepamos qué factores determinan esas diferencias de grado. Probablemente estemos tan lejos de semejante medición como con respecto a cualquier otra decisión estética (por ejemplo, cualquier asunto que involucre el gusto). Estamos muy distantes de saber, por ejemplo, hasta la fecha, en qué medida hay factores hereditarios u Otros constitucionales (por ej. ¿los machos tienen una mayor tendencia biológica hacia el aspecto erótico? ¿hay un elemento orgánico en cierta homosexualidad?) desempeñando un papel directo

o indirecto en la elección erótica, como cuando un niño pequeño puede resistir inherentemente un factor parental nocivo con más facilidad que otro; o qué partes de una constelación de influencias psicológicas post-natales están más presentes en la historia de un individuo que en la de otro. Lo mejor que puedo hacer es aclarar cierta dinámica, tal como el deseo de dañar o el teatro del riesgo. Pero hace falta cautela porque el hallar tal dinámica en una persona no pronostica cuándo esa dinámica lo impulsará más allá del fantaseo a la acción. Estos son juicios que la teoría no puede formular; pueden medirse únicamente en la situación clínica (en la que —tal como sabemos— tenemos demasiado pocas formas exactas de medición): ¿en qué momento el color naranja se transforma en rojo?

Y así, pues, veo a la perversión como “una aberración habitual, preferida, necesaria para la satisfacción completa”.

Probablemente haya pocas personas que no reconozcan su texto favorito una vez que lo encuentran. Si mis definiciones les confunden porque puede inferirse que todo el mundo es eróticamente aberrante y la mayoría de las personas son por lo menos un poco perversas la mayor parte del tiempo, pues ¿por qué no?⁽⁵⁾. Quizás después de lo antedicho Uds. quieran poner un nuevo título a este ensayo: “La Excitación Sexual y el Deseo de Dañar”.

Puede ser que la perversión parcialmente sea difícil de estudiar porque los casos crasos nos enceguecen en cuanto a las sutilezas subyacentes. Si Uds. son como era yo, a Uds. les llama la atención lo absurdo o lo monstruoso del comportamiento, al punto de dejar de pensar, cómodos con el término “perversión” por su sentido acusador. No necesitamos explicación alguna: “Debe estar loco”, o “Eso es antinatural”. No parece aplicarse la compleja dinámica de las neurosis. Un ejemplo, el caso 97:

L., un obrero, fue arrestado porque había cortado un gran pedazo de piel de su antebrazo izquierdo con unas tijeras, en un parque público.

El confesó que por mucho tiempo él estaba desesperado por comer un pedazo de la delicada piel blanca de una joven y que con tal finalidad él estaba recostado a la espera de una víctima con sus tijeras; pero, como no tuvo éxito, desistió y en vez se cortó su propia piel.

Su padre era un epiléptico, y su hermana era una imbecil. Hasta los 17

años sufrió de enuresis nocturna, era temido por todo el mundo debido a su naturaleza tosca e irascible, y fue echado del colegio por su insubordinación y sus atrocidades.

Su onanismo empezó a edad temprana, y su lectura preferida eran libros piadosos. Su carácter mostraba rasgos de superstición, tendencia al misticismo, y actos demostrativos de su devoción.

Su anomalía lujuriosa despertó cuando él tenía 13 años de edad, a la vista de una joven bella con una piel blanca muy delicada. El impulso de morder un pedazo de esa piel y de comerla empezó a ser lo supremo para él. Las otras partes del cuerpo femenino no lo excitaban. Nunca tuvo deseos de relaciones sexuales y jamás intentó tenerlas.

El tenía la esperanza de lograr su fin más fácilmente con una tijera que con sus dientes, por lo cual por años siempre llevaba una tijera encima. En varias oportunidades sus esfuerzos casi fueron exitosos. Desde hacía un año halló sumamente difícil soportar sus fracasos, y al no soportarlos más decidió un sustituto, a saber: cada vez que él había perseguido a una chica sin éxito, él cortaba un pedazo de piel de su propio brazo, de su cadera o de su abdomen y lo comía. El imaginar que era un pedazo de la piel de la joven a la que había perseguido, le permitía lograr el orgasmo y la eyaculación mientras que masticaba su propia piel.

Se hallaron muchas heridas extensas y profundas y numerosas cicatrices.

Durante el acto de automutilación, y por mucho tiempo después del mismo, él sufría dolores graves, pero estos se sobre-compensaban con las sensaciones lujuriosas que él sentía mientras que comía la carne cruda, especialmente si esta chorreaba sangre, y cuando tenía éxito con su ilusión, para él era el cutis de la virgen. La mera visión de un cuchillo o de unas tijeras bastaba para provocar este impulso perverso, que lo arrojaba en un estado de angustia, acompañado de una perspiración profusa, de vértigo, palpitaciones cardíacas y una desesperación por un cutis femenino. El debía, con las tijeras en mano, seguir a la mujer que lo atraía, pero no perdía su lucidez ni su autocontrol, porque en la cúspide de la crisis él sacaba de sí mismo lo que le era negado del cuerpo de la joven. Durante toda la crisis él tenía erección y orgasmo, y en el instante mismo en que empezaba a masticar el pedazo de su piel, comenzaba la eyaculación. Después de lo cual él se sentía muy aliviado y

en un estado de bienestar ⁽⁶⁾.

Para que puedan palpar lo menos extraño —o quizás, palpar que lo extraño es abundante, echen un vistazo a estos avisos, seleccionados al azar de revistas pornográficas. Representan los miles de avisos en centenas de revistas que se publican cada año. No podemos saber cuántas personas practican cada una de éstas (estas qué: ¿prohibirán Uds. lo de “perversiones” como la etiqueta correcta?), pero es seguro decir que sea como sea que contemos, hay más. Comenzaré por citar algunos avisos completos, y luego, por razones de brevedad, continuaré simplemente con la mención de los títulos de avisos.

EDICIONES SKYE

La realidad y la ficción sobre mujeres dominantes, todo ilustrado.

*Bombachas, culto del pie, posesión, jóvenes que matan, lucha mixta, pantalones de mujer, deportes acuáticos y o tras humillaciones. Skye, además de 100 publicaciones, editó **Las Noticias de la Dominante**, noticias sobre lo que están haciendo las mujeres dominantes, los contactos y el calabozo, el listado más importante del mundo de hombres sumisos. Novedades de Skye: cartelones excitantes, con textos y chupadas de pija especiales. Ejemplar de muestra e información completa, \$ 1. (Precio de fines de 1970).*

PEDIDO: REVENTADORES DE BOMBACHITAS

Mujer/hombre le encanta reventar bombachitas.

Le agradecería tener correspondencia con jóvenes damas con el mismo interés. Pagaré por toda foto que se le envíe.

FOTOS DE MIS NENITAS

Mamita necesita hacerse unos mangos rápidamente vendiendo fotos desnudas de sus Tres Nenitas... 8-16... algunas inocentes y desnudas, otras ardientes y malvadas! Diferentes tuyos de fotos con nenes o con ma ita. \$2 por cada grupo.

TORTURA DE TESTICULOS!

Masoquista hombre blanco desea aprender sobre todas las formas de torturas de testículos usadas en el pasado, y cuáles se podrán usar en el futuro.

COMEDORES DE MIERDA!! COMPETENCIAS DE PEDOS!!
TORTURAS!

Violación de culo! Amputación! Dominación negra! Más! Catálogo de ficción explícita, \$ 1.

TELESEXO - ACABE POR TELEFONO

Llame a nuestras chicas sexy, o déjese llamar por ellas. AMBAS modalidades le satisfacerán. LLAME YA.

CHICAS DESFIGURADAS

Cualquiera de por allí. Denle a chicas con caras llenas de cicatrices, marcas de nacimiento, parches en los ojos.

PENES PERFORADOS

Esta mini-novela totalmente ilustrada, la primera colección fotográfica de este tipo que jamás se haya producido, mostrando el arte de tatuar y de perforar, incluyendo textos del reconocido especialista Doug Malloy, está a disposición, exclusivamente mediante giro postal de... (Este aviso reproduce la tapa —con ilustración— de la mini-novela).

FETICHISMO DEL PIE Y AMANTES DE LA BOMBACHA

Cassette grabada fantástica para fetichistas del pie, \$ 9. Participe de nuestro club de fetichistas del pie. Boletín mensual de noticias. Abono de 3meses, \$ 9. Disfrute de mis bombachas llenas de jugo usadas 7 días, \$ 7. Medias muy aromáticas, \$ 7.

FOTOS DE SECRECIONES

Cambie o compre fotos de micción, defecación, menstruación, lactancia. Envío contra reembolso.

12 CHICOS Y CHICAS EN TODAS LAS UNIONES JUVENILES

CHUPADOR DE CONCHAS

EL CONSOLADOR DE DONNA

EL BICHADOR EMBOBADO

LA PIJITA DE MAMÁ

LOS CUA TRO CON UN OBSEQUIO SORPRESA

“Cuentos de tijeras”, “Hembras que fuman Cigarros”, “Chicas Descalzas que Nunca usan Zapatos”, “Esclavo Macho Blanco”, “Fetichista de la Herradura”, “Servicio Oral otorgado Gratuito”, “Orgía de Concha”, “Diosa Combatiente 6’3”, “Caballos Copilando”, “Embarazada o Amamantando”, “Violación”, “Modas extrañas”, “Bestialidad Prohibida”, “Tacos Altos y otras Delicias Sensuales”, Toilete de Raíces”, “Pene Negro de 22 Pulgadas Usado por Negra de 100 kilos mientras que disciplina a jóvenes chicos blancos”, “Los Transexuales más bellos del Mundo”, “Diosa dominante capacita a Esclavos Generosos en Calabozo Privado”, “Se Buscan Esclavos Franceses”, “Amante experta Magra y Malvada”, “Enemas Violentos”, “Gustadora del Placer y Dominante”, “Pareja Ofrece total discreción a gente generosa. De a tres, bisexualidad, vestimenta cruzada, sadomasoquismo”, “Encantadora Dominadora de Almendras”, “Macho Amante del Pie en Delaware”, “Lucha enloquecida por Chicas con Pies de aspecto sexy”, “Necesito Víctimas de Cosquilleo”, “Potrillo Negro Dominante”, “Damas Fuertes y Grandes”, “Viudo Blanco 5’6”, “Fotos Estrafalarias-Bombachitas Sucias. Cambiaré Fotos Mierda-Pipí. También Vendo Bombachas Sucias”, “Se Busca Hembra Luchadora”, “Escupida y Saliva”, “Mujer Tatuada-Perforada”, “Duchas Doradas y Cunnilingus”, “Hembras Discretas Sumisas”, “La Revista Más Salvaje de Swing* “Admiradores de U; as”, “Hembras Luchadoras”, “Registros de Fiestas Bravas”, “Lamiendo mis Bikinis”, “Chicas que Cascan a Hombres”, “Hermosos Pies Desnudos”, “Acción en Tres Direcciones”, “Cosquilleos Franceses la Calentarán”, “Película Toda de Sexo Bucal”, “Catálogo de Esclavitud (sometimiento) y de Cuero”, “Cartas con Jugos”, “Club de Músculo Femenino”, “Academia para Disciplina”, “Bombachas Mojadas”, “Se

* N.T. Ref. a cambio de pareja.

Busca Animal Doméstico Hembra”, “Orgía de Ligas”, “FanAMP(**)”, “Macho increíblemente Sumiso”, “Se Buscan Fotos de Mierda de Macho”, “Amante de Zapatos de Taco Alto”, “Lesbiana Macha Sumisa”, “Vestime y Bajame”, “El Poder está Bien”, “Esclavo de los Graznidos”, “Hembra Lisiada”, “Amantes de las Amputaciones”, “Grabaciones Presidenciales - Mejor que Watergate! Los Discursos Inaugurales de Seis Presidentes: Franklin Roosevelt, Harry Truman, Dwight Eisenhower, John Kennedy, Lyndon Johnson, y Richard Nixon”.

Avisos de Revistas: “Lo Mejor del Cautiverio -1”, -2”, -3”, “Adolescentes en Cautiverio 2/1”, “Esclavos en Cautiverio -4”, -5”, “Revista de Cautiverio -4”, -5”, “Cautiverio en Cuerdas y Cuero -1”, “Indefenso -5”, “Encordado -5”, “Cuerdas y Ligas -4”, -5”, “Amas de Casa en Cautiverio -5”, “Gatitas Cautivas -4”, -5”, “Bellezas Cautivas -4”, -5”, -6”, “Cautiverio en Cuerdas & Goma -2”, “Cautiverio Avanzado —4”, “Nudos Amorosos -1”, -2”, “Cautiverio de Zorro Caliente -1”, “Asilo de Cautiverio -1”, “Manguera, Tacos & Indefenso -1”, “Cautiverio de Cuero”, “Patente Roja -2”, “Cautiverio Osaka - 1”, “Cautiverio Kyoto -1”, “Revisión de Películas de Palizas”, “Revisión de Películas de Cautiverio -1”, -2”, -3”, -4”, “Cautiverio en Tokyo -1”, “Exótica, vol. 6, N^o 4”, “Los Subyugadores, vol. 2, N^o 2”, “Putas en Botas, vol. 6, N^o 4”, “Dele con el Látigo”, “Maestro del Cuero, vol. 1, N^o 2”, “Disciplina y Deseo, vol. 2, N^o 1”, “Análisis Infantil”, etc., etc.

Espero que esta lista les otorgue la impresión, por falta de datos mejores o de estudios estadísticos que son imposibles de hacer —que la perversión es mucho más común de lo que generalmente se cree, y que existen más categorías de las que remotamente puedan soñarse en nuestros manuales. Más allá de lo antedicho hay una cuestión a la que no ha de prestarse la suficiente atención en este trabajo, que gira alrededor del hecho de que la mayoría de estos avisos, de estas necesidades, de estas perversiones, son para hombres y no para mujeres. Y casi todos son heterosexuales: para hombres, y con mujeres que se ofrecen como los objetos sexuales.

Pero recuerden: si estos entretenimientos no excitan a Uds., no saquen conclusiones. La no-excitación puede explicarse tanto como la excitación. Ni Uds. ni yo, ni los tribunales ni el Sr. Kinsey, constituyen el criterio, lo absoluto,

** N. T. Ref. a ampollas (inyectables).

el punto establecido en el universo contra el cual se mide todo movimiento para hallar la variante, la aberración. Ni siquiera “lo normal”, ese medio sumamente sutil para reforzar el prejuicio. No hay en el universo ningún absoluto de la vida mental con respecto al cual se pueda juzgar todo lo demás. Creer que lo hay es un presupuesto fundamental de la mayoría de las teorías psicoanalíticas de la sexualidad, que decretan que lo “heterosexual” es el standard para la normalidad (como si no hubieran tantas heterosexualidades como heterosexuales). La elección erótica, en realidad, es una cuestión de opiniones, de gusto, de estética.*)

El asunto de la relatividad lleva a una disgresión en torno al vocabulario. Algunos de los avisos ofrecen pornografía, pero no todos atraen a los sadomasoquistas, ni a la mayoría de las mujeres, o a los que no son oledores, por ejemplo; haría falta agregar otras pornografías para enredar a un grupo mayor de gente. ¿Pero cómo podemos conceptualizar una pornografía que no excita? Para ello apliquemos las siguientes definiciones evidentes. La pornografía es ese producto que se ha manufacturado con la *intención* de producir una excitación erótica. La pornografía es pornográfica cuando excita. No toda pornografía, por ende, es pornográfica en lo más mínimo.

Ahora volvamos a la proposición de que las perversiones existen. Les presentaré brevemente una colección de fetiches. Hay uno para prácticamente todo el mundo. Después de leer esta lista Ud. debería sentir que por cierto hay condiciones, y muchas, atrayendo a mucha gente, que aun a Uds. les costaría llamar solamente variantes. Uds. quizás quisieran entonces hallar una expresión más fuerte que la de “estilo de vida distinto”, una expresión que connotaría que está presente lo inusual —aun cuando mi hipótesis de la perversión como la forma erótica del odio les resulte un trago demasiado amargo para tragar. Sin embargo, algunos otros de estos fetiches son tan poco extraños que son corrientes. (¿Y quién osaría decir que algo que millones de personas hacen es perverso? Únicamente alguien que defina la perversión como algo que ocurre en la mente más que en la estadística).

La técnica para formular mi planteo ha consistido en darles primeramente

* Y si algunos de estos avisos les causó gracia, pueden Uds. observar otro punto que retomaré más adelante: el humor, que en su dinámica tiene mucho en común con lo erótico, también es una cuestión de estética

ejemplo, de necesidades eróticas tan extrañas que Uds. están de acuerdo que el comportamiento es, por lo menos, barroco, más allá de lo común, más allá del alcance de palabras decoloradas como la “parafilia”. Una vez que hayan captado esto, Uds. verán que comportamientos menos extremos no son tan diferentes de los realmente extraños. A esa altura habré obtenido suficiente atención de Uds. como para proseguir a una cuestión más interesante: ¿cuáles son los rasgos comunes (por ej. la hostilidad) que las perversiones tienen en común?

Hemos cumplido con el primer paso. Uds. ya están convencidos, o de lo contrario nunca lo estarán, de que hay algunas conductas eróticas que son motivadas por deseos que pueden llamarse perversos. Ahora veamos qué es lo que ocurre en aquellos que se desesperan por comer un pedazo de la delicada piel blanca de una joven, en aquellos que sienten una intensa lujuria al ver que la sirvienta se corta el dedo y sangra, o en aquellos que se excitan ante la evisceración de prostitutas.

LOS FETICHES

Para aquellos que piensan que los orígenes psíquicos de la excitación son evidentes (por ej. biológicos), la lista siguiente de objetos eróticos, según sus propios gustos, el sexo o la experiencia anterior que hayan tenido, puede hacer renacer su curiosidad: botas, ropa interior (por ej. ropa interior femenina blanca, rasgada y arrugada), impermeables, cuero, goma, uñas pintadas, nalgas salientes, penes erectos, vulvas, cejas depiladas, cadáveres, uniformes, cigarreras, pipas, botón de camisa, la cavidad de un ojo de vidrio, pieles, lentes, auriculares, orina (caliente y fría, fresca y fermentada), feces, látigos, el color de la piel, gordura, prepucios, cavidades nasales, manos, guantes (de tela, piel, largos con muchos botones, de niño, sucios, con las yemas de los dedos saturadas de transpiración, chupetes, hombres en paroxismos de tos, medias, delantales, pañuelos, gorras para la noche en cabezas de mujeres feas, plumas, terciopelo, seda, rosas, vírgenes, dedos de los pies, bocas, grillos (cadenas), sombras, amputados, zapatos (chirreando, de taco alto, lustrados), “la pierna de la rodilla para abajo y vestida exquisitamente”, el césped pisado en crecimiento, prostitutas, mujeres fumando cigarrillos, sangre succionada,

soldados, policías, pantalones de equitación, mujeres bajas, hombres altos, mujeres altas, hombres bajos, las esposas de otros, los maridos de otras, niños prepúberes, gente de edad, ojos, bocas, orejas, mujeres cincuentonas con una renguera del lado izquierdo, el dedito chico derecho de una mujer cruzado por encima del dedito al costado, puestas de sol, sopranos wagnerianas en pleno canto, trajes de novia, hombres con pechos como una mujer, extraños mirados furtivamente, una mujer tirando de la cadena del W.C., esposas, changos de bebe, fotografías de mujeres desnudas, manos de mujer ennegrecidas por carbón y observadas en un espejo, cordones, joyas de coral, dinero, anos, moscas copulando, pianos, trajes nuevos, coches nuevos, mujeres bizcas, pies transpirados, vestidos (salpicados de barro, en pedazos, mojados, apretados, sueltos, rojos, negros, puestos, no puestos, azules con delantal blanco), vello del cuerpo, púbico, facial, el cabello trenzado, flotando en el aire, oscuro, pelirrojo, rubio, cortado, afeitado, intacto, con raya, pelucas, bigotes, animales (cerdos, perros, gatos, conejos, vacas, yeguas, ovejas, asnos, cabras, ciervos, monos, caballos recibiendo latigazos que se resbalan, gallinas, patos, gansos, osos y cocodrilos). Agreguen a esto modificadores estéticos tales como la textura, el olor, los colores, el movimiento o la quietud, la actividad o la pasividad. ¿Y qué decir de acciones complejas como afeitarse la cara enjabonada de una niña de piel muy suave?

HISTORIAS TRISTES

Estos fetiches son suficientemente benignos. No hay nadie a quien se le mate, se le mutile, o se le viole. De hecho, la acción se desarrolla con un objeto, no con una persona en su totalidad, y sea lo que se le haga al objeto —el fetiche— es inanimado, o es una parte del cuerpo que no corre el riesgo de sentir-se devastada. Pero la sociedad no reacciona con benevolencia, diciendo: “No llamen a estos actos, trastornos o enfermedades ni perversiones. No hablen de pecado.”

El criterio moderno tiende a reducir las reglas puritanas, defensivas, proyectivas, hipócritas, que tratan a la desviación, incluyendo a la erótica, como ataques fundamentales contra el cuerpo político^{*}. Según nuestro criterio actual,

^{*} Aunque algunos filósofos-practicantes de la perversión usaron la perversión como paradigma de la subversión.

los fetiches son solamente símbolos, historias muy compactas que subliminalmente transmiten sus significados más completos: no acuchillan, no muerden, no envenenan, no deshacen, no aplastan ni demuelen. No obstante, ocultos detrás de esos símbolos hay historias que representan actos hostiles, y pronto hablaré sobre ello. Los fetichistas, en realidad, no dañan a nadie, pero esto no ha de confundirse con el hecho de que su comportamiento esconda, entre otras cosas, una dinámica de hostilidad. (Una dinámica no es una acción. Ni siquiera se puede medir la intensidad de un deseo, conociendo el escenario en que se presenta dicha dinámica).

Quizás esto se vea más fácilmente si pasamos a otra excitación: el humor (los chistes, la tira cómica, el ingenio, la ironía, la caricatura, el sarcasmo, todos en una línea continua de hostilidad creciente). No creo que Uds. puedan contar un cuento ingenioso, cómico o humorístico —son similares pero no idénticos en la manera en que causan gracia— sin que haya una víctima implícita o visible, tal como en la caricatura. Sin embargo, una película cómica de golpes y porrazos en que alguien se resbala sobre una cáscara de banana y se rompe la pierna, es distinta del caso en que se vea tal idéntico acontecimiento delante de uno realmente en la calle. (Yo supongo que los que se ríen en la calle —o los que conscientemente salen a crear accidentes— son los equivalentes de los eróticamente perversos).

Adelantamos a la tesis que la perversión se hace a partir de un relato en que se daña a alguien. Esto es más fácil de ver en las excitaciones más locas, pero ahora necesitamos ejemplos de perversión, más allá del fetichismo, donde la hostilidad está presente pero invisible. Mencionaré tres ejemplos: el exhibicionismo, el voyeurismo y el transvestismo. (Con la finalidad de que se mantenga intacta la argumentación, volveré a describir los rasgos correspondientes (7). Al hacer esto, corro el riesgo de aburrir a mis lectores, pero pienso que hay suficientes lectores nuevos de mis escritos como para que los viejos conocidos sepan perdonar la repetición).

Veamos un episodio exhibicionista típico (8). Si usamos la palabra “exhibicionista” en el sentido restringido que se refiere a la perversión (no en el sentido más amplio en que “exhibicionista” es más o menos sinónimo a “histriónico”, sin implicar una excitación erótica), entonces estamos hablando de un hombre

heterosexual, casado (de una veintena de años o más), no afeminado, que no se está defendiendo conscientemente contra sus deseos homoeróticos. Es probable que este individuo haya sido arrestado por exhibir sus genitales*. Alguien lo denigró —algún jefe en el trabajo, un extraño, su esposa. Se siente mal, y si bien no puede articular la forma del sentimiento de malestar, si Uds. lo cuestionaran, eso lo ayudaría a describir su angustia, su ira, su depresión y su desprecio, que no se dirigen claramente contra nadie, ni tampoco contra sí mismo. Este estado tensamente desagradable se intensifica hasta que él decide —habitualmente sin ver que lo que él decide está vinculado con su sentimiento de malestar— llevar a cabo su plan. Se dirige a otra parte de la ciudad, a un lugar, a una zona pública que él sabe no es su propio territorio, donde él puede llamar la atención de mujeres silenciosamente, exponiendo sus genitales. Los testigos de su acto deben ser extraños o por lo menos mujeres que él apenas conozca.

Poniéndose en posición, está a la espera de la respuesta de las otras mujeres. Si estas se enojan o demuestran shock de alguna otra manera, él no se siente molesto sino que se excita o se encuentra inesperadamente tranquilo. Si bien puede ser obvio que la mujer llamará a las autoridades, él permanece imperturbable, en el sentido de que no sale corriendo. Puede estar como en un estado de animación suspendida, no queriendo escapar y no comprendiendo por qué. En semejante estado, es probable que se le arreste, siendo esta la razón por el alto porcentaje de recidivas. No sólo espera que se le prenda después del acto, sino que este incluye en sí mismo que la observación de ella consiste fundamentalmente en pescarlo haciendo algo malo. Él necesita creer que ella está pensando eso —que él está haciendo algo malo— o de lo contrario su conducta no tiene sentido.

La escena, sin embargo, puede desarrollarse de otra manera en estos tiempos modernos con una mujer moderna. Si ella no está shockeada, ni ofendida, ni enfurecida —si ella sabe que no la están violando y simplemente se divierte o no se preocupa— el hombre se queda asombrado, insatisfecho, incómodo, humillado.

* El porcentaje más alto de recidivas por comportamiento erótico ilegal ocurre en este tipo de hombres.

Es fácil hallar las explicaciones de tal comportamiento; basta hablar con el exhibicionista, en una situación en que sienta confianza, para saber qué le pasa. En primer lugar, Uds. deberán darse cuenta que el ir a una parte extraña de la ciudad y el exponer sus genitales a mujeres extrañas no es la perversión en si sino solamente la primera parte, el preludio. La segunda parte, que jamás se ha reconocido como parte de la actividad erótica, es el shock de la mujer, el revuelo consiguiente con la policía y los observadores, el arresto, y la presencia ante los tribunales con el potencial implícito de que la vida del hombre queda arruinada. Uds. —Uds., seres racionales— preguntan lo mismo que el juez:

“Por qué hace Ud. esto, por qué lo repite, por qué —cuando Ud. sabe las posibles consecuencias terribles— por qué entonces no se abstiene?” Y el pobre diablo sólo puede contestar: “No sé”. Es decir, “No sé lo que sé”. (Esto último, obviamente, se aplica a casi cualquiera en cualquier momento).

“Lo que no sé que sé es que más temprano hoy me humillaron, y no he aceptado en mí que me sentí anulado. Lo sentí y luego lo transforme separándome de mi conciencia. Yo fui de la conciencia precisa de mi dolor al malestar vago. De ese modo pude olvidar que me hicieron sentir afeminado y débil y siempre me he preocupado por eso. Soy alguien indigno, y alguien me volvió a hacérmelo saber. Pero yo descubrí una cura para esto, el peor de los fracasos. Puedo recuperar mi sentido de valor, de mi yo mismo, de mi identidad, de ser con aquello que más define la masculinidad y la virilidad: mi pene. Miren lo que pasa cuando yo muestro mi pene (en el momento correcto, en el lugar correcto, evidentemente). La gente queda shockeada, la policía me arresta, la sociedad —mediante sus agentes, y los tribunales— reafirma eso terrible que he cometido, y el precio que pago es la ruina. Y me fue posible todo eso simplemente mostrando mi pene. Por Dios, ¡qué pija! “(9)

Las perversiones —todos los actos perversos (no todas las aberraciones, sólo las perversiones; esa es la finalidad del esfuerzo de una definición precisa)— son curas mágicas, balas mágicas. Eso, aun más allá del placer corporal, es razón suficiente para repetirlas. La parte triste es que, sin insight (comprensión) en lo que está haciendo, la persona perversa tiene que repetir sus actos destructivos interminablemente; una aspirina para un tumor cerebral.

¿Y por qué un extraño? Porque una persona que lo conoce, como por ejemplo su mujer, evidentemente no sentiría shock alguno ante el espectáculo de algo tan doméstico. En nuestra cultura, una mujer —y su esposo lo sabe—

no queda azorada por ver su pene.

Tratemos ahora de emplear este modo de explicación en esa especie de 18 opuesto del exhibicionismo: el voyeurismo. El voyeur, también va a un lugar extraño y se excita únicamente con mujeres extrañas. Si él está casado con la mujer más fabulosa del mundo, no obstante él está en otra parte, apasionado para echar una mirada furtiva a una extraña, a la vez que el mirar a su mujer lo aburre (esta, a la inversa, es objeto de la pasión de hombres que aún no conocen su estructura arquitectónica). El factor común, una vez más, es la violación, la hostilidad, el deseo de dañar. El voyeur imagina (correctamente, probablemente, la mayor parte del tiempo) que él está despojando a la mujer de lo que le es propio, forzándola a entregar aquello que no le daría a él voluntariamente. (A no ser que el placer de ella consista en hacer un show en el que ella se imagina que la visión de ella incita a un hombre a violarla; ciertos aspectos de la moda, por ejemplo, están encaminados en esta dirección). Cuando él no puede manejar malicia, entonces se aburre. ¿Cómo puede él, si está casado, abusar de su mujer mirándola, cuando el contrato matrimonial, por lo menos en nuestra sociedad, le da libre acceso a ella?

El transvestismo es el tercer ejemplo de una perversión en la que la hostilidad no está manifiestamente visible. Por “transvestismo” entiendo el vestirse con ropa o el utilizar ropa del sexo opuesto para excitarse. (Tal como con el exhibicionismo y el voyeurismo, se trata de una actividad esencialmente masculina. Pero véase el cap. VII). Tratemos esto tomando una vía no clínica: la pornografía. La pornografía es una ensoñación publicada. La perversión es una ensoñación realizada. La pornografía es *una forma frustrada* de la perversión. Cuando se investiga la excitación, la pornografía tiene la ventaja de ser una ensoñación confiable; es visible, puede escudriñarse una y otra vez, y —dado que se produce para la venta— tenemos la garantía que representa toda una modalidad, que es la ensoñación preferida de muchas personas (pues de lo contrario el productor o editor perderían dinero).

Imaginen delante de Uds. la tapa de un trozo de pornografía transvestita a describirse brevemente. (La figura se publica en otra parte (10)). ¿Qué trasmite al transvestita para que él pueda, al instante (11), saber que vale el alto precio que se le cobra? ¿Por qué lo excita a él y no se conmueven los que no son transvestitas?

La primera regla en las ensoñaciones es que cada detalle cuenta. Cada

uno tiene un efecto —aun cuando el efecto asignado sea el de no tener importancia, un espacio vacío; de lo contrario se le omite. (Lo mismo rige para otros trabajos creativos, tales como las composiciones musicales, los cuadros, los poemas. También allí, nos consta, los espacios muertos y las redundancias —tales como los silencios y las repeticiones en música— son imprescindibles para crear los efectos deseados).

CADA DETALLE CUENTA

Si bien la ilustración le dice poco al que no es transvestita, al hombre susceptible se le comunica mucho. Comencemos por las palabras impresas y escojamos parte de la información²) oculta para el que no es transvestita, pero erótica para el que lo es.

El título es REDADA DE BOMBACHAS. Eso eróticamente será una señal para hombres, no para mujeres. Se refiere a un ataque al sexo femenino porque las bombachas son prendas íntimas vinculadas a los genitales, prendas delicadas, ocultas, con el potencial de provocar a los hombres eróticamente. (Quizás Uds. se asombren por qué construyo frases cuidadosas acerca de cuestiones que todo el mundo conoce). En nuestra cultura, especialmente en la época en que se publicó este folleto, o sea en 1963, se suponía que el público pensaría que redadas de bombachas eran simplemente manifestaciones de exuberancia juvenil, aventuras intrascendentes de jóvenes, probablemente universitarios, probablemente de clase media, que más adelante adoptarían conductas más serias. Una cierta frivolidad bien intencionada era perdonable pues los jóvenes de que se trataba eran heterosexuales, y no se estaba cometiendo ningún daño real. Robando ropa interior de mujeres no se dejaba de prometer a la sociedad que en el futuro serían padres y ciudadanos impecables. Y además, según el mito, seguramente a las chicas les agradaría la gracia. Una emoción barata. No se arriesgaban más que unas simples bombachitas.

Hay en este título, pues, factores implícitos de seguridad, una información otorgada al transvestita, el que, aunque en realidad se estuviera masturbando, ha escindido una parte de sí mismo que es el hombre del relato. Lo que ese tipo está haciendo es socialmente aceptable, viril, gracioso, quizás una picardía. Si el hombre real se sintiera angustiado, culpable o asqueado, no podría comprar el folleto así no más.

Debajo del título hay dos cuadrados con impresión clara y prolija. En uno dice: "Otras historias de transvestismo y de impersonación femenina". En el otro: 'Nº C-18". Esto último, sin ningún sentido sustancial, ubica a la publicación en una modalidad de edición ordenada, contable, sin suciedad. En la parte inferior, después del anuncio de que "incluye correspondencia verdadera de transvestitas" (lo que simultáneamente llena la cornucopia y hace saber al

transvestita que no está solo), se lee “Una Publicación para Conocedores” y “Tirada limitada”, nuevamente factores de seguridad que dan la ilusión de que se trata de material de la clase alta.

¿Pero qué pasa con la característica principal, la ilustración? Permítanme destacar unos pocos puntos. Muestra tres personas, dos mujeres y un hombre. Las mujeres son claramente —extravagantemente----- mujeres. No hay ninguna sugerencia de que sean de tipo masculino. Son, con todas sus cualidades hembras y de femineidad, poderosas, peligrosas, crueles. Avasallan pero no por fuerza bruta. (El asimiento de la morocha es delicado, por lo que un hombre joven sano fácilmente podría deshacerse del mismo). Presentan una amenaza física disponible más allá de lo no físico implícito en su belleza peligrosa: junto a muchos otros elementos fálicos en el dibujo, hay látigos. Pero, una vez más, él podría escapar fácilmente si el poder interior de la mujer no lo tuviera cautivo.

El hombre joven es el centro de la ilustración. Una lágrima se desliza por su rostro. Por cierto es infeliz en su preciosa ropa interior, etc. Las mujeres lo han abrumado, y, sospecho —asegurándome luego al leer el texto— lo han humillado. Se le ha forzado a hacer algo que no le agrada. No podemos llenar todos los detalles a partir del texto, porque no tiene ninguna escena como la de la tapa.

No obstante, Uds. hallarán en todos los ejemplos de este tipo de pornografía transvestita que los elementos fundamentales son los mismos: el joven heterosexual, indudablemente totalmente macho, inocente, es capturado por hembras, que no lo hacen con poder físico sino con ese misterioso poder inherente en lo propio de la hembra y de lo femenino.

Humillado, se fuerza al hombre a que se ponga ropa de mujer. Eso es la parte esencial de la historia y es lo que la tapa promete al transvestita. Para este el relato es fabuloso. Para el resto de nosotros carece de interés. Aun si nos asombrara, siempre nos preguntaríamos cómo esto puede ser erótico.

EL TRAUMA Y LA HUMILLACION

¿Cómo puede excitar la humillación? Y cuando el texto muestra que las mujeres lo han forzado a que se pregunte acerca de la solidez de su masculinidad y virilidad, apenas entendemos más. Pues la tapa no nos dice todo. Sólo muestra el trauma. Hay un final feliz: con la ayuda de mujeres, la humillación

del hombre se transforma en un estado placentero no erótico(*) cuando las mujeres lo aceptan abiertamente como un hombre y un macho que sigue siendo hombre y macho pero que tiene aspecto bonito y gracioso en ropa femenina. Para el resto del mundo esto no suena por cierto como algo muy excitante. ¿Por qué esto es algo tan compulsivo que se repite una y otra vez en la pornografía transvestita?

Busquemos indicios en extractos del relato. En la primera página, debajo del título se encuentra el nombre del autor: Carlson Wade (supongo que un seudónimo). Refinado, literario, masculino, este hombre seguramente fuma pipa. Comienza el relato. (Observen lo desmedido —para aquellos que no sienten una atracción fetichista por la ropa de mujer, el nombrar y describir prendas, sus colores y texturas los deja indiferentes).

A medida que Bruce King seguía hacia adelante sigilosamente, bajo una capa de oscuridad aterciopelada de medianoche, en dirección al predio prohibido del hogar de las estudiantes, empezó a sentir miedo. ¿Y si no tuviera éxito en esta redada de bombachas? Supongan que él fracasara en volver con el botín —un par de bombachas con bordes de encaje, bombachitas color de durazno, el viso de seda y satín con moñitas rojas en los tiradores, quizás un portaliñas o dos, sin mencionar ni siquiera una media bombacha de nylon negro! Era su tarea para “iniciarse” en la universidad el hacer una redada de bombachas en el hogar de las estudiantes en la otra punta del predio universitario, una tarea para nadie más que él.

“Si no traes de vuelta toda la ropa interior de una chica”, le había amonestado un estudiante compañero de su fraternidad, a la vez que movía unos remos de madera de un lado a otro, mostrando cómo calentarían los flancos de iniciados desvalidos durante ceremonias secretas, “te remarán fuera de esta iniciación.., y no podrás sentarte por una semana entera!” Los demás se habían reído ruidosamente pero Bruce King no vio nada chistoso. Estaba desesperado por que lo aceptaran y si tenía que robar ropa interior femenina, ni hablar de alguna bombachita zonza, con el fin de ganar el respeto de ellos, por cierto lo

* El lector transvestita, sin embargo, se excita

haría!

Detengámonos para hacer unos pocos comentarios a esta altura. Bruce King, el nombre de un héroe: totalmente masculino, ni un hálito de tipo afeminado. Observen que él es definido como un macho masculino ya que la redada se hace como parte de un rito de iniciación masculina. Si él ha de juntarse a la organización compuesta por machos todos ellos, él debe cumplir con una misión peligrosa y abusar de la intimidad de hembras. El hace esto porque está desesperado por obtener la aceptación de machos, lo que significa una masculinidad suficientemente insegura como para requerir el aliento de otros hombres.

(El asunto del remo y los flancos de iniciados desvalidos no atraerá a todos los transvestitas. Para algunos es demasiado sadomasoquista, ¿y no tiene aunque sea un parpadeo de homosexualidad?)

Bruce se acerca a la ropa interior colgada.

La pieza delantera de encaje del baby-doll hacía juego con el bikini plisado. Bruce se sonrió. Ciertamente sería interesante ver a una chica usar un baby-doll así! Y agarrarla sorpresivamente lo transformaría sin duda en un héroe! (Es decir, atacar —degradar— a la hembra lo promovería al grado de ser el mejor de los machos)... De repente hubo un grito. Chillidos. Chillidos y risas burbujeantes de repente 10 envolvían. Se dio vuelta, giró frenéticamente para descubrir que repentinamente estaba rodeado por no menos de media docena de chicas, algunas usando soutienes y pan taloncitos negros de satin, otras usando shorts de seda. Todas estaban aullando de alegría. (O sea, repentinamente —tres veces repentinamente— él mismo es atacado).

“Le vamos a dar una lección de la que nunca se olvidará!”

Bruce luchó pero ellas enlazaron sus brazos con los cinturones de sus robes de chambre de seda. “Basta!”El trató de gritar pero de repente sintió que su boca estaba llena de una sedosa media blanda y transparente. La media estaba atada alrededor de su cabeza y anudada fuertemente. Sus brazos a su vez estaban atados detrás de su espalda. De repente se dio cuenta que las hembras vociferantes lo estaban llevando, horizontalmente. Lo estaban llevando dentro del edificio, por las escaleras empinadas a un dormitorio! El trató de protestar pero su mordaza estaba demasiado apretada; él se movía

pero no lograba más que obtener los pellizcos de uñas puntiagudas en la carne musculosa de sus flancos y caderas. Esto causó mucha risa estridente por parte de las arpías victoriosas que estaban encantadas con las luchas indefensas de su prisionero macho.

Cuando la puerta del dormitorio se cerró, dejando a Bruce King como la víctima indefensa de cuatro chicas de aspecto fiero, tuvo un sentimiento de hundirse. ¿Qué le harían? Esto no era sino una travesura intrascendente. ¿Acaso no tenían sentido del humor? (Es decir, la diferencia entre hostilidad ruta y humor es cuestión de perspectiva, de estética.)

En esta sección, pues, hemos visto a Bruce, a pesar de su masculinidad, capturado por mujeres aullantes, con sus charlas, sus risas burbujeantes, y con sus gritos de alegría. Lo entrapan con sus cinturones sedosos, sus uñas puntiagudas, y una media sedosa, transparente y blanda. En breve*, el poder de la femineidad lo hunde, no la fuerza bruta de los remos de machos! Henos aquí con un relato lleno de la humillación del hombre por parte de la mujer. Ahora nos encontramos con Lori, la que posee “una forma extraña de arrogancia que exigía obediencia y respeto” (quiere decir, su interpretación de la femineidad de la mujer). Ella da las órdenes a las mujeres para que lo vistan con ropa de mujer. Unas pocas citas más son suficientes:

Antes de que Bruce pudiera protestar, encontró que las chicas se estaban subiendo a él, sacándole violentamente su simple camisa blanca, sus pantalones de algodón verde oliva (él estaba contento que usaba unos calzoncillos protectores), afuera con sus mocasines, sus medias de lana. “Hace frío...” tembló, sintiéndose más incomodado y humillado que los elementos del tiempo a principios de primavera. El que lo desnudaran y lo ataran en cautiverio cuatro hembras dominantes ciertamente era una experiencia que hacía añicos de su virilidad. No se podía predecir qué le harían después de que Lori expresó la siguiente amenaza: “Le enseñaremos que la hembra de la especie es el ser VERDADERAMENTE agresivo de la raza humana!”

“Los chicos buenos no deberían llevar una ropa tan desaseada. Le en-

* N.T. Sigue un juego de palabras en el original inglés, porque después de breve dice entre paréntesis — breves— lo cual se refiere a las bombachas.

señaremos a Bruce cómo debe vestirse.”

Con un suspiro de alivio, se acordó que estaba usando su pequeño sostén deportivo, que las chicas ridiculizaron y entre carcajadas dijeron: “Miren el piolín que se puso!”

“Ay Bruce chiquito.”

Bruce se puso colorado y en cuanto sus brazos y sus piernas se liberaron, él trató de cubrirse con sus manos pero su posición torpe de rodillas y su posición de hombros redondeados de turbación sólo provocó más risas. “Muy chistoso! Muy chistoso!” exclamó sofocadamente.

“Mirá, Bruce, mirá”, mientras revoloteaban aquello (el soutiens) delante de él, como amenazando su virilidad.

Una ilustración en el texto muestra a Bruce inmovilizado por las cuatro bellezas, pateando y cantando a todo lo que daba, mientras que le aplicaban maquillaje y lo vestían con sus zapatos y su ropa interior. También encontré un dibujo dirigido a gente normal, de cuatro Chicas Gibson totalmente preciosas, observando suavemente a través de un lente de aumento, a un hombre minúsculo, empequeñecido de terror, que se está por disecar con (me parece) un alfiler de sombrero. El título dice: “El Sexo más Débil”.

El hombre que me dio este folleto, un transvestita, se ha descrito en otra parte. Baste decir aquí que la pornografía cuenta la misma historia que el relato de su experiencia traumática de ser vestido a la fuerza por mujeres cuando tenía cuatro años: un macho indefenso, que sabe y valora lo que es un macho (es la identidad de su sexo nuclear u originario), pero el que, ya a esta temprana edad, no está seguro de que su sentido de ser macho puede resistir el asalto, es puesto dentro de ropa de chicas: con lo que la identidad de su sexo queda amenazada. Luego, años después, la perversión aparece en la superficie, y ahora Bruce repetidamente se excita con ropa de mujer. Pero más que traumatizarse hoy, él se siente triunfante cuando se viste con ropa femenina; eso lo excita, lo hace potente, lo pone en el camino del placer máximo.

Repasando, estudien este aviso de otro folleto transvestita. Ahora bien, comparando con cuando primero se enfrentaron con el dibujo de la tapa, Uds. podrán leer debajo:

“REDADAS DE BOMBACHAS”

por – Gilbert

...tiene como tema un ‘deporte’ bastante popular en la mayoría de las instituciones coeducativas. Se trata de un grupo de estudiantes principiantes que emprenden una redada de bombachas en la vivienda de estudiantes mujeres. Desafortunadamente, para ellos, son capturados infraganti por tres de las chicas y su cuidadora. Como expiación, se somete a los muchachos a diversas formas de humillación. Se les obliga inclusive a usar las mismas bombachitas que trataron de robar, como asimismo otras partes del ajuar femenino que jamás pensaron usar en público.

Se relata la historia en 48 capítulos excitantes. Cada capítulo tiene vívidas ilustraciones y contiene más de 400 palabras. Los capítulos se reproducen en vitela gruesa (aprox. de 5 1/2 x 8 1/2 pulgadas).

*El primer conjunto de 8 capítulos está pronto ahora... al precio de \$ 7. **

Envíe \$ 1 y se le enviará un listado de nuestro boletín anual ilustrado con más de 35 temas interesantes y seleccionados. No olvide mencionar el Dep. E-6.

GARGOYLE SALES CORP.

Este texto está acompañado por una ilustración. Presenta un joven masculino, buen mozo, vestido con ropa americana masculina, informal, con un corte masculino, con un buzo con la inicial de su universidad. Está alerta al peligro. Detrás de él hay una ventana abierta con una cortina moviéndose; parecería que recién hubiera entrado en la habitación. Está a punto de sacar ropa

* Precio de principios de la década de los 60.

interior de un conjunto de cajones, y de hecho hay abundancia de la misma. (La joven es indiferente; sobre los muebles se ve una paleta y trofeos varios.)

Cada detalle cuenta.

Los transvestitas informan que cuando eran niños se les puso ropa femenina, generalmente alguien del sexo femenino. Esto es mucho más frecuente en transvestitas que en ningún otro grupo de hombres (incluyendo aquellos con otras perversiones). No creo sin embargo que un episodio único de ser vestido con ropa de mujer produzca transvestismo. Otros varones que fueron tratados así no sufrieron daño alguno. Presumo que solamente un varón que de por sí sea susceptible —alguna incomodidad especial en el desarrollo de su sexo en los primeros dos o tres años de su vida— necesitará la estructura de la perversión para conservar la identidad.

“Para conservar la identidad”. ¿Contra qué? Contra la humillación. Y la humillación es, evidentemente, una cuestión de identidad, un ataque al respeto de sí mismo (así nos dice el diccionario). Solamente aquellos que tengan suficiente confianza permitirán que otros penetren, permitirán una intimidad. Pero si tenemos motivos para sentirnos inseguros (por ej., si se nos humilló regularmente durante los primeros años de la vida), estaremos en guardia, temerosos de lo que otros podrán encontrar allí donde los dejamos entrar, y cómo han de usar lo que encuentren. Entonces nos encerramos³, un proceso que nos deshumaniza. Luego, para estar doblemente seguros, deshumanizamos a los otros. Ellos se convierten en fetiches. Para aquellos que no temen una disolución, la intimidad es un goce, pero para aquellos que la temen, hay una amenaza aún más primitiva: si dejo entrar a alguien —si con ello nos sumergimos juntos— ¿no es posible que, como un espíritu maligno, ellos me posean, me prendan enteramente? Entonces, el gran terror consiste en que puedo perderme. Es contra semejante amenaza fundamental que se inventó la perversión.

Observen cómo la perversión conserva el trauma en su estructura. En este sentido, la perversión es audaz*. Esto no es totalmente exacto. La forma exacta de expresar esto sería: la perversión *parece ser* audaz. Parece que se está

* Desde otro punto de vista es a su vez cobarde; como en el caso de otras ensoñaciones, pretende enfrentar cuestiones pero en realidad son para desalentar y evitar la intimidad con otros y con uno mismo. La perversión, a pesar de su masoquismo, es el rechazo de sufrir.

corriendo un riesgo al acercarse al viejo peligro. Esto es un aspecto central de las experiencias excitantes (lo cual repito y repito, por temor que se ignore), la inseguridad, un zumbido tenso entre la posibilidad del triunfo y la posibilidad/recuerdo del trauma, el fracaso.

Vimos cómo funcionaba este mecanismo en el caso de Bruce King en la pornografía y nuestro Bruce King que lo compró. El peligro es real para el personaje de la ficción y ficción para el personaje real. Nuestro Bruce —el transvestita— simula el riesgo cuando lee la historia del trauma de Bruce King con las chicas de la universidad. Su excitación, como en todas las ensoñaciones, es teatro en tanto que él sabe de antemano —él ha preparado la escena de antemano— que él sufre el trauma solamente identificándose con el personaje descrito.

Piensen en ejemplos para rechazar la tesis. Tomen al exhibicionista. ¿Acaso no arriesga su reputación, su seguridad, su porvenir cuando él se expone a un riesgo o un arresto en el mundo real? Sí, seguramente. Pero, si mi explicación es acertada, él busca este riesgo real abiertamente porque mide su éxito en cuanto a evitar lo que para él inconscientemente es un riesgo aún mayor: la humillación. Ese asunto de correr riesgos defensivamente nos resulta conocido. Todos conocemos a personas que ponen un peligro activo en sus vidas —los toreros, los jugadores de fútbol, los soldados profesionales, los achacadores, etc.— para reforzar sus identidades, tratando de mostrarse a si mismos que están intactos, que son fuertes (mediante el aplauso del mundo y su propia conciencia corruptible). Las manifestaciones más violentas de masculinidad que algunos hombres se exigen a si mismos también ejemplifica este mecanismo.

Una vez que concienticemos este mecanismo, lo encontraremos por doquier. Bruce tenía un amigo, A., un transvestista que he conocido desde hace años. Un día, en un balneario, durante una reunión científica al que él también asistió, oí que alguien llamaba mi nombre cuando estaba acostada en la playa. Levanté la vista y vi, saliendo del agua, una visión en rosado: un traje de baño rosado y un sombrero rosado en una mujer cincuentona que debía estar viviendo peligrosamente para estar tan rosadificada. Era A., gritando y luciéndose como si estuviera en el escenario ante una audiencia que estaba tomando el sol. Nadie podía dudar que estaba pidiendo atención a gritos. Parecía una

mujer (histriónica, naturalmente), pero con un elemento extraño. En la parte inferior del traje de baño de “ella” había varias protuberancias grandes y puntiagudas, con aspecto de arbusto de pene. Acercándose a mí y al público que observaba este insólito, “ella” sacó de adentro de su traje de baño un conjunto de pedazos de coral que “ella” había colocado en él. Era un show increíble.

Otro ejemplo, también de transvestitas, ejemplifica esta misma dinámica. Cuando hombres transvestitas* se sientan con ropa de mujer en mi consultorio es típico que arreglen sus piernas de manera de revelar sus muslos superiores y un conjunto de ropa interior muy adornado y fru fru alrededor de los mismos.

Estos dos comportamientos —A en la playa y B, C y D en mi consultorio— tienen, según creo, la misma función: el transvestita plantea en el escenario la pregunta: “¿Cuando soy como una hembra, vestida con sus ropas y aparentemente como ella, he escapado al peligro? ¿Todavía soy macho o tuvieron éxito las mujeres en arruinarme?” Y la perversión —con sus muslos expuestos, con ropa interior de mujer, y la parte inferior pudorosamente cubierta— contesta. “No. todavía estás intacto. Eres un macho. Por más ropa femenina que te pongas, no perdiste esa insignia máxima de tu masculinidad, tu pene”. Y se excita. ¿Qué puede dar más seguridad al pene que una buena y fuerte erección?

Si estudiáramos el papel de la humillación en provocar la psicopatología, hallaríamos que funciona siempre que aparece el sadismo y el masoquismo, por ej., en respuestas paranoides (sadistas) o depresivas. Yo propongo que la humillación configura la vida erótica cuando el ataque se dirige a aquellas partes del cuerpo o de la psiquis involucradas en el comportamiento erótico o sexual.

LA DINAMICA(*)

* Pero no transexuales primarios.

* Pero no expresada con el vocabulario analítico de etapas libidinales, energía psíquica, idesitificación

Permítanme que repase la dinámica —el interjuego de deseos, de motivaciones, interpretaciones, textos, significados— que yo extraigo de los datos de la perversión, tal como en las descripciones precedentes.

La perversión es teatro, la producción de un escenario, y los personajes — en la forma de personas, partes de personas, y objetos no humanos (incluyendo los inanimados)— constituyen el elenco. La performance se desarrolla ante un público, dentro del cual el ser decisivo es la persona perversa que lo está contemplando en su performance (en realidad con espejos, con fotos, o en la fantasía).

El transformar un acto erótico en una performance teatral sirve para proteger la excitación de ser arruinado por la angustia, la culpa o el aburrimiento, para permitirle al creador simular la realidad sin correr los riesgos que todos enfrentamos, a no ser que manipulemos la realidad, y especialmente a las personas reales. La perversión es un “détour” que, en el mejor de los casos, conduce asintóticamente a la intimidad; pero nunca llega. Los peligros de la intimidad en realidad son demasiado grandes. (“La perversión no se centra en la pareja, sino en el ‘acto sexual’”).⁽¹⁴⁾

Eso, pienso, siempre ha sido la experiencia y por ende la expectativa de la persona perversa. El dolor y la frustración de tiempos pasados continúa, es algo no resuelto, que se lleva adentro, y siempre una fuerza amenazante potencial que lo motiva a uno a resoluciones que nunca funcionan del todo. ¡Qué excitante es, entonces, cuando el erotismo —que en su plenitud biológica y psicológica lleva a la máxima intimidad— es una defensa contra la intimidad: se ha vencido al riesgo!

¿Por qué fallan estas tentativas? Porque según su texto, están para dañar al objeto deseado, causar una restitución mediante la venganza. No es fácil lograr una intimidad segura y amorosa mediante la ira y el deseo de dañar. ¿Cómo puede alcanzarse a otra persona si se la transforma a él o a ella, mediante los textos, en algo que él o ella no es, algo menos que su ser persona en su totalidad? Inclusive la cepillada aparentemente trivial del pornógrafo elimina la verdad, esas pequeñas “manchas” que resultan inaguantables, antiestéticas.

proyectiva, castración, narcisismo de angustia, introyectos arcaicos, etc.

Esto es la deshumanización. Con ella, como no podemos soportar las revelaciones de la intimidad, despojamos a otros de su completud. Los vemos únicamente como pertenecientes a determinadas clases o como poseedores de algunas partes o cualidades seleccionadas. Los anatomizamos. Y si aún esto resultara demasiado íntimo, nos alejamos de los seres humanos y vamos a los objetos inanimados, tales como la vestimenta, otorgando a tales objetos una cierta cantidad de lo humano sin necesitar a seres humanos. Haciendo esto, en la fantasía, por un instante, durante el rato en que podemos escribir, dirigir y producir el show, evitamos la angustia o quizás mismo la desesperación.

He puesto énfasis en cómo se deshumaniza al objeto para sentirse lo suficientemente seguro como para excitarse. Hay un precio: al hacer esto el deshumanizador se deshumaniza —y este conocimiento no siempre es inconsciente.

El trauma en el texto de la perversión —sea que el relato se cuente como una ensoñación, como pornografía o performance en la realidad— se convierte en un triunfo. Los atacantes de tiempos pasados son vencidos, deshechos, incapaces de persistir en sus ataques. Ahora bien, cada episodio nuevo del trauma se construye de manera que la víctima no sea vencida, aun cuando la experiencia se lleve a cabo usando los mismos elementos esenciales que anteriormente habían causado el desastre. Ahora la víctima es el ganador y el trauma el triunfo, el optimismo enloquecido de una erección completa. Si el relato está bien construido, no se siente culpa ni angustia. (Por lo menos conscientemente. La culpa y la angustia no son conscientes, y si aun se sintieran, se atribuyen a causas más aceptables. Esto último es una racionalización y puede, por ejemplo, transformar al pecador en santo o en fanático, y puede convertir al patricida infantil libre de culpa en un orgulloso regicida adulto.) En este “replay” (drama repetido) brillante se ubica la idea de que los atacantes de antaño fueron desbaratados y por tanto humillados —y la humillación es la experiencia fundamental que se intercambia en estos episodios. Al humillar, se logra la venganza por haber sido humillado.

LA ESTETICA DE LA EXCITACION

A esta altura espero que Uds. hayan comprendido que un aspecto necesario de la excitación erótica en la perversión es que uno no sepa demasiado, que se evite saber lo que está pasando, que se evite conocer los motivos, las intenciones, los deseos propios. Es el viejo truco de comer la torta y de guardarla: ¿cómo se puede hacer que el conocimiento adquirido funcione para uno y al mismo tiempo girar la mirada en dirección opuesta para desdibujar la conciencia? (¿De qué otra manera podemos pecar? Por definición, si no somos responsables —si no sabemos lo que estamos haciendo— entonces lo que estamos haciendo no es pecar. El pecado requiere tener conciencia, libre albedrío (15). Lo que hace que la perversión sea un logro es que puede erigirse esta construcción compleja y luego usarse repetidamente. Eso sí, no es fácil obtener los efectos deseados (por ej. el movimiento hacia el placer), pues en el momento en que se introduce un detalle que no se ajuste —porque dice demasiado o demasiado poco— hay que eliminarlo. Y más allá de las ensoñaciones, aquellos que ponen en práctica su perversión asumen un desafío aún mayor, porque no siempre resulta tan fácil manipular al mundo como mediante una ensoñación o el acto de comprar pornografía. De manera que el mundo real, con sus riesgos mayores, rinde una excitación mayor, y con el juego exitoso de la perversión, una gratificación mayor.

¡Cuán intrincado (*) y cuánto una cuestión de estética!?

Mi presentimiento me dice que la principal tarea estética, como en el caso de tantos otros comportamientos, es el tomar el conocimiento y tornarlo inseguro, ambiguo. Esta ambigüedad, pienso, agrada más cuando carece de toda costura, cuando no otorga indicios de que se construyó, cuando parece que hubiera brotado completa de las profundidades inconscientes. (Si no se creó espontáneamente —milagrosamente— entonces debería aparentar que lo fue). Arte. Artificio. Si el cuadro parece haber sido pintado por un mono, es arte únicamente si fue pintado por un mono; el giro de los textos, no el producto, es lo que determina nuestra respuesta. Aun la misma claridad platónica, absoluta,

* Más que la idea de Freud que la perversión es el escape de una pulsión infantil no modificada al comportamiento adulto.

entonces, empieza a ser ambigua a medida que el crítico reduce su claridad preguntándose cómo se logró, por qué se logró, cuáles fueron las intenciones.

El exhibicionista sabe que fue humillado, sabe que fue traumático, sabe que hubo una repetición, sabe que él es vulnerable a esa humillación, sabe que en el ataque humillante contra él hay verdades acerca de sí mismo que él siempre supo, y él sabe que quiere la venganza, él sabe que debe escoger extraños, él sabe que todo el alboroto social es importante. ¡Sabe tanto! Su tarea estética es el seguir sabiendo lo que sabe y sin embargo al mismo tiempo no saber. (Freud llamó esto “escisión”). Y entonces aparecen los misterios y los secretos y las ilusiones y los textos (dramatizaciones). Obtenemos detalles que se incluyen no al azar sino porque expresan algo. Y obtenemos riesgos que son seudorriesgos. El actor sabe esto.

En realidad no sabemos que la perversión es teatro. Si no hubiera misterio, secretos, e ilusiones, habría insight —Dios no lo permita. Para la perversión el insight es la muerte de la excitación. Exigiría que uno pudiera llegar a un acuerdo con el trauma y pudiera desarrollar la capacidad de gozar de intimidad con alguien en vez de negarla con una explosión maníaca, la perversión.

DIFERENCIAS ENTRE MACHOS Y HEMBRAS

No puedo explicar las diferencias existentes entre hombres y mujeres en el comportamiento perverso. (El clima social de hoy en día es inconveniente cuanto a esta discusión pues estos temas están demasiado cargados textualmente como para permitir un razonamiento tranquilo.) Por consiguiente sólo expondré unas pocas opiniones.

1) La perversión es mucho más común en los hombres que en las mujeres, las mujeres no practican casi ninguno de los diagnósticos oficiales. No que esto sea un mero error numérico —que las perversiones de las mujeres mantienen escondidas de los investigadores. Tampoco creo que las mujeres sean menos perversas únicamente porque no se atreven, y que cuando la sociedad trate a las mujeres igual que a los hombres, las mujeres han de ser tan perversas como los hombres.

2) La testosterona (o sea como sea que llamemos a la compleja interacción del cerebro y de las glándulas endócrinas moduladas por los andrógenos) produce una diferencia en las necesidades eróticas de los hombres con respecto a las mujeres. (Los dos grupos —hombres y mujeres— deberán verse como dos curvas campana que parcialmente se superponen.) Especialmente a partir de la Pubertad, y luego en la vida adulta, la mayoría de los varones son más impulsados por su fisiología erótica que la mayoría de las chicas. (*) La pulsión se vuelve menos intensa con el transcurrir de los años, pero las exigencias de esa intensa necesidad erótica sobre la psiquis en años anteriores lleva a estilos diferentes de relaciones interpersonales eróticas y ayudan a impulsar el mecanismo fetichizante que es tan obvio en los hombres. (Quiero destacar que el condicionamiento también desempeña su papel, aumentando los efectos de la dinámica de significado y motivación.) Al escuchar a los pacientes en análisis, oigo la urgencia de las pijas duras de la mayoría de los hombres, en contraste con la mayor capacidad de las mujeres de esperar, de posponer, de rechazar si sienten que eso es lo apropiado en el contexto del momento. Para los hombres —y cuanto más jóvenes más se cumple esto— el engullir domina al compromiso. (Pero no hace falta que sean Uds. analistas o investigadores para saber acerca de estas verdades. Son verdades que solamente se han cuestionado recientemente y fundamentalmente por razones políticas.) No digo con esto que las mujeres no pueden estar eróticamente frenéticas; todo el mundo sabe esto. ¿Pero en la mayoría de las mujeres, la necesidad proviene tanto de los genitales como en los hombres jóvenes? Lo dudo. Es más probable que se trate de una erotomanía, que es más un fuego en el alma que en el perineo.

3) La fetichización es la norma para los machos, no para las hembras. Si bien las mujeres hoy en día pueden admitir el mirar partes masculinas detenidamente, y si bien pueden excitarse tanto con (lo que se llama) pornografía de hombres como los mismos hombres, tengo la impresión que contemplar la personalidad de un hombre es un estimulante erótico más confiable para muchas mujeres que la personalidad de una mujer para la mayoría de los hombres. La

* Esto ayuda a explicar, además de factores sociales, la energía furiosa que los hombres 30 jóvenes gastan en deportes, en crímenes violentos, en accidentes automovilísticos y en la guerra.

pornografía de los hombres —sea heterosexual, homosexual, transvestita— no describe relaciones entre personas, no describe deseos de intimidad emocional, no enfoca el afecto y el amor. La pornografía de las *mujeres si* describe. Los hombres se preocupan más de una performance erótica exitosa que las mujeres y vinculan su potencia con la masculinidad mucho más que lo que las mujeres vinculan la de ellas con la feminidad. En casi todas las culturas que conozco, las definiciones de la masculinidad tienden a una dirección *machista*, y el temor de un hombre de ser femenino se expresa con su capacidad de ser cruel, no comprometido, físicamente peligroso, sin ternura y desinteresado en la mujer (como persona total), pues se espera de él que se zambulla en los órganos reproductores de la hembra —un país complejo de misterio y de miasma.

Las mujeres temen a la fuerza física y a la irritabilidad paranoide que la intensifica, y los hombres temen la fuerza psicológica de las mujeres y la paciencia que la intensifica. Las mujeres no tienen miedo de volverse menos hembras si intiman con hombres, pero los hombres tienen miedo de mezclarse con mujeres porque consideran que si lo hacen su masculinidad queda amenazada. Los hombres de las sociedades tecnológicas avanzadas comparten con aquellos de lugares primitivos el temor —que puede tornarse en terror— del interior de las mujeres, y de los hábitos, las funciones, los deseos y las secreciones de dicho interior. Nuestro primer humillador es una mujer. Pienso que eso se vuelve insoportable para la mayoría de los machos y soportable para la mayoría de las hembras. (La diferencia anatómica entre los sexos crea más que la envidia del pene y la angustia de castración.)

Machos típicamente heterosexuales en nuestra sociedad, a partir de los cinco años de edad, siempre apremian para quitarle la ropa a las hembras, aparentemente exigiendo una exposición completa, una revelación total. No obstante, si Uds. piensan acerca de esto hallarán que hay pocos hombres que pueden soportar la vista de una desnudez sin adornos; toda chica aprende que lo que vuelve loco a los hombres (como dicen en los romances más pastosos) es la anticipación de la carne, no el total acceso a la misma (16). La angustia de castración contribuye a evitar ese acceso total, pero comprenderemos mejor si recordamos que la identidad se ubica detrás de la anatomía. Los hombres no

temen la pérdida de los genitales *per se* (angustia de castración) tanto como temen perder su masculinidad —y aún más fundamental— el sentirse machos.

Para salvarse a sí mismos, los hombres apartan la contemplación completa y giran a la estética. Vemos esto en su modalidad más eficiente en la pornografía, con su arreglo premeditado de los escenarios, la iluminación, y de poses, como asimismo la importancia otorgada a clasificar a las hembras según su distribución de grasas, el color de la piel, la configuración facial, el porte y otros aspectos de características sexuales secundarias, que varían según las culturas. Esta fetichización del aspecto exterior quizás desplace la preocupación ‘del aspecto exterior quizás desplace la preocupación acerca de los genitales femeninos a otras zonas, pero pienso que los machos a su vez “parcializan” a las hembras para evitar la fusión, un peligro implícito en la aceptación inherente en una intimidad sin impedimentos: si uno se acerca demasiado a una mujer, uno será menos varonil. (La clásica película de cowboy —el gran mito americano— muestra al héroe peleando varonilmente contra la directora de la escuela que trata de llevarlo —castrarlo— para civilizarlo, empleando su ternura.)

Estoy de acuerdo con aquellos —casi todos— que piensan que en el período de elevada reproducción (la adolescencia y la madurez temprana), la mayoría de los machos difieren de la mayoría de las hembras en casi todas las sociedades. Si bien las curvas campana se superponen, los hombres jóvenes tienen más pulsión hacia el orgasmo que las mujeres jóvenes. (Estas, a su vez, cuando logran el orgasmo, son multiorgásmicas con mayor frecuencia que los hombres. Estoy en desacuerdo, sin embargo, con aquellos que sostienen que las mujeres en general, tratadas adecuadamente, son interminablemente orgásmicas.) Como consecuencia, ambos sexos simplemente no se entienden recíprocamente con lo que aumenta la hostilidad ya presente en los machos y el masoquismo de las hembras.

La dinámica descrita más arriba influye intensamente sobre la perversión en los hombres, según mi parecer, pero no olvido que estas generalizaciones toscas están teñidas por mi personalidad y no se han comprobado mediante estudios objetivos. (Del mismo modo lo están las ideas de aquellos que no están de acuerdo conmigo.)

Reflexionemos ahora sobre la pornografía de las mujeres.

Habrá quien diga que no hay pornografía únicamente de mujeres.

Solamente hay pornografía supuestamente hecha para hombres que a su vez atrae a las

mujeres. (Hay artículos periodísticos que informan sobre parejas heterosexuales que van a cines y moteles porno. Y las mujeres liberadas publicitan cómo su mirada queda atrapada por pantalones de hombres y/o peenes. No sólo exigen derechos iguales sino también pulsiones iguales).

No obstante, hay una pornografía sólo para mujeres, aun cuando no se la reconozca como tal. Las propias mujeres, millones de ellas que la usan, no saben que la palabra que corresponde a esos materiales que las deleitan es pornografía. “Janet Dailey, autora de best-sellers, ha escrito 79 novelas de amor desde 1975. Se han impreso casi 100 millones de libros. Su técnica consiste —según le dijo a la revista de Redbook— en usar la insinuación sin ser muy específica. Habla de “la mano acariciante de él” sin decir qué partes del cuerpo está acariciando. De eso se encarga la imaginación de la lectora. Ser demasiado explícito no es, según esta autora, romántico.”(17)

Sin embargo, toda mujer sabe que ese tipo de historias resultan eróticas a las mujeres y no así a los hombres. Las mujeres hablan de películas “sexy” y de novelas “sexy”, y algunas saben que usan elementos tomados de estos relatos como base para sus ensoñaciones y a veces (en el caso de mujeres inhibidas) para una masturbación abierta o una criptomasturbación. Este tipo de texto o escena está tan lejos de la dinámica de la mayoría de los hombres, que estos, incluyendo aquellos que hacen las leyes, no pueden imaginarse que eso pueda provocar excitación. Estoy en desacuerdo con la insistencia de feministas que la palabra “pornografía” deba usarse exclusivamente para la pornografía típicamente masculina. Con tal afirmación, las mujeres militantes se unen a su enemigo —los hombres— al degradar su propia vida erótica femenina. Al no reconocer ni siquiera en los tribunales que existe un material erótico femenino importante para la mujer que lo está leyendo o mirando, ambas partes niegan el derecho de la mujer de tener su vida erótica propia y única. A continuación verán extractos de un artículo de la primera página del

WALL STREET JOURNAL (18), escritos obviamente por un hombre; la pornografía de una dama es un chiste para el caballero:

*LOS ROMPEDORES DE CORPIÑOS
UNA FORMULA DE INCENDIO SEGURO
PARA EL EXITO LITERARIO*

*Millones de Mujeres Devoran
Historias Románticas Triviales*